

ISSN: 2992-8621, <http://apareser.buap.mx>  
 Año 2, Número 3, pp. 168-170, Septiembre de 2024 a Febrero de 2025  
 Licencia Creative Commons 4.0  
 Reconocimiento-Atribución-  
 No Comercial-Compartir Igual



EL DOLOR DEL CUERPO VIVO. Reseña del libro: Ángel Xolocotzi y Ricardo Gibu (coords.), *Dolor y vulnerabilidad, Reflexiones fenomenológicas y hermenéuticas*, BUAP/Fides, Puebla, 2024.

Los límites del cuerpo (*Körper*) pensado ónticamente como mera extensión no coinciden con los límites del cuerpo pensado onto-ontológicamente de manera extática (*Leib*) porque “estamos siempre más allá del cuerpo (*Körper*)”.  
 Ángel Xolocotzi, *Articular lo simple, Aproximaciones heideggerianas al lenguaje, al cuerpo y a la técnica*.

Podemos partir de la distinción entre el cuerpo vivo, el cuerpo vivido, que en alemán se denomina con una palabra: *Leib*, y el cuerpo objetivado, el que se puede estudiar y tratar como objeto, por ejemplo, del tratamiento médico, el cuerpo (*Körper*) como entidad positiva, dada.

El cuerpo experimentado como el cuerpo vivo que soy es el que Heidegger piensa con el concepto de “existencia”, cuyo prefijo “ex” significa que siempre es extático, está fuera de sí o más allá de sí. Es decir, los límites de mi cuerpo (*Leib*) no llegan solamente hasta donde alcanzan mis brazos extendidos, porque, por ejemplo, si hablo, grito o canto, llegan hasta donde se escuche mi voz; y si escribo, llegan hasta donde mi texto pueda ser leído (el autor puede tocar al lector, por ejemplo, provocarle emociones o pensamientos). Lo mismo hacen los cuerpos (*Leiber*) de los otros seres humanos, en tanto existencia o ser ahí.

En cambio, el cuerpo humano objetivado (*Körper*) llega hasta donde están sus límites medibles. Es el cuerpo al cual la enfermera pesa, mide su estatura, le toma la temperatura y el pulso cardiaco, le observa si está hidratado. Es el cuerpo al que se le hacen análisis de sangre para medir sus leucocitos o el nivel de triglicéridos.

El cuerpo (*Körper*) objeto es campo de conocimiento e intervención de las ciencias físicas, químicas, biológicas y médicas. Y el dolor, para ese

paradigma científico, es un tema de análisis naturalista para poder producir y recetarle, administrarle, un analgésico o un anestésico.

Queda fuera de este modo de conocer todo el vasto campo del dolor del cuerpo (*Leib*) vivo, viviente, existente. ¿Cómo podemos comprender la experiencia del dolor físico o moral del cuerpo viviente, del ser humano?

Varias aproximaciones a esos problemas, estrictamente humanos, filosóficos, se encuentran en el volumen *Dolor y vulnerabilidad, Reflexiones fenomenológicas y hermenéuticas*. En él, los coordinadores del libro, Ángel Xolocotzi y Ricardo Gibu, publicaron “participaciones que buscan tematizar la experiencia del dolor a la luz de algún ámbito que pueda conducir a reflexiones de carácter fenomenológico o hermenéutico” (10).

Desde la fenomenología y la hermenéutica, estas aproximaciones buscan ir más allá del conocimiento del cuerpo objetivo (*Körper*), conocimiento cuya naturaleza expresa así Luis Fernando Cardona: “En las consideraciones habituales sobre los fenómenos patológicos priman las miradas biologicistas y exclusivamente médicas, no solo de su tratamiento sino también de su comprensión. En estas consideraciones se da por sentado tomar a la salud y a la enfermedad como algo objetivo y plenamente medible” (13).

En cambio, para la fenomenología heideggeriana, escribieron Ángel Xolocotzi y Viridiana Pérez: “El cuerpo sería así el punto de encuentro entre *Dasein* y vida. Sería entonces el mencionado lugar de la diferencia ontológica en donde la comprensión de posibilidades es a su vez la disposición afectiva de temples” (76).

Esto es, en el cuerpo intersectan el ser (ámbito ontológico), del cual procuramos hallar su sentido, y el ente *Dasein* (el ser ahí, el ser humano), en la vida. Y la comprensión de sí del ser ahí como posibilidades de ser (de vivir, de actuar) parte de lo afectivo: angustia, temor, aburrimiento, dolor, alegría, asombro, temples de ánimo que le permiten abrirse al mundo, experimentar un mundo.

Muy bien decía una profesora universitaria, la palabra que ponemos a lo que sentimos nos encamina a una manera de comprenderlo y afrontarlo: no es lo mismo decir: duelo, tristeza, nostalgia, que decir, depresión, palabra que nos lleva a pensar en terapias o medicaciones.

Asimismo, podemos intentar comprender fenomenológicamente el dolor e incluso la muerte y el duelo. Reflexionan, en este libro, Ricardo Gibu y Luis Ignacio Rojas: “Las lágrimas del que contempla la partida del ser querido instauran una relación con lo desmesurado en la que la muerte no puede convertirse en el sentido de la vida, dado que la muerte, como ya lo hemos mencionado, carece de sentido, El sentido puede provenir de la responsabilidad por el que queda vivo” (45). Claro, este libro nació, entre otros factores, de la experiencia colectiva mundial de la pandemia de Covid-19.


Una de las preguntas que taladran la cabeza de los dolientes es por el sentido: ¿por qué?, ¿qué sentido tiene? Y la religión y las filosofías de la religión han intentado esclarecer el sentido del dolor como mal, misterio que cuestiona al creyente incluso en su fe en Dios, o al menos en su relación con Él: Concluyen Cintia C. Robles y Rubén Sánchez: “ante el mal se encuentra con uno más de los límites de la razón humana. En el fondo me pregunto si la teodicea no se trata más bien de la soberbia de la razón humana que se siente con el derecho de interrogar a Dios, al tratar de justificar a Dios ante el problema del mal (86)”.

Las teodiceas tratan de que pensemos el fenómeno de la vida humana (y su dolor) desde el punto de vista de una totalidad, o proceso que persigue un fin, en donde el dolor se pierde en lo pequeño, ante la grandeza del todo, histórico, cósmico o divino.

Las últimas dos meditaciones sobre el dolor, con las que cierra el libro, fueron escritas desde el ámbito del arte. Desde el arte plástico, principalmente la pintura, por ejemplo la de Frida Kahlo, reflexionó Jorge Andrés Calvo: “La vivencia dolorosa que surge a partir del objeto de arte no tiene la más remota traza que le corresponda a la fantasía en la medida en que esta vivencia dolorosa es actual, mientras que el dolor que aparece en la fantasía se constituye a partir de referencias dolorosas del pasado” (108). Es decir, que una obra de arte nos puede hacer empatizar y sentir un dolor real, actual, diferente del dolor representado en la imaginación (preferimos imaginación que fantasía) por el trabajo del artista o la artista.

Y la danza puede también ponernos a los espectadores frente a la experiencia estética del dolor. Recuerdo por ejemplo el espectáculo de Barro Rojo sobre García Lorca, que escenifica su pasión por la vida, y su muerte, asesinado. Precisamente tomado como referente al baile flamenco, Román Alejandro Chávez expresa: “En el marco de la actitud estético-artística donde se liberan y experimentan vivencias con sentimientos variopintos: uno de los fundamentales, principales, es el dolor, elemental para reconocer al otro como cuerpo vivo (*Leib*) y saberlo humano, generando una comunidad intersubjetiva. La danza, entonces, muestra al cuerpo vivo sufriendo como ser humano que es” (128).

El dolor es inevitable en la vida humana. Y la reflexión sobre cómo experimentamos y vivimos el dolor, como seres humanos que somos, es necesaria porque nos lleva a buscar el sentido que nos permite afrontar el duelo, la tristeza, el sufrimiento, la pena, el dolor físico, y seguir adelante en tanto que cuerpos vivos (*Leiber*), existentes, siempre extáticos, yendo más allá de nosotros por la palabra (*logos*), el pensamiento, la acción, la creación, el arte. Son nuestras formas de existir y de estar vivos. Y tal vez, de escuchar o cantar un blues.

Javier Hernández Alpizar  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla  
 <https://orcid.org/0009-0000-3748-0456>